

MARCELO ALBERTO CHAIME

CRÓNICAS
DE LA OTRA
CIUDAD

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR



Chaime, Marcelo
Crónicas de la otra ciudad. - 1a ed. - Bahía Blanca : Editorial de la Universidad
Nacional del Sur. Ediuns, 2011.
85 p. ; 19x14 cm.

ISBN 978-987-1620-53-1

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 31/08/2011



Editorial de la Universidad Nacional del Sur
www.ediuns.uns.edu.ar
ediuns@uns.edu.ar



**Red de Editoriales de
Universidades Nacionales**

Los hechos y personajes de este libro han sido ficcionados convenientemente. Cualquier parecido con situaciones y personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Diagramación interior: Alejandro Banegas
Diseño de tapa: Fabían Luzi

LIBRO UNIVERSITARIO ARGENTINO

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Bahía Blanca, Argentina, agosto 2011.

©2011 Ediuns

*Morimos, se dice.
No; es que el mundo dura poco.*

Macedonio Fernández

A modo de introducción

Usted es un deudo. Hasta ayer era un ciudadano más. Llenó los formularios, escogió el cajón, se fumó un atado y conversó con gente que no esperaba.

-No, nada de avisos en el diario, no me gusta.

Ya se desahogó o va camino a eso y la cochería lo mandó al cementerio.

-¿Tengo que ir?

Lo llevan o maneja usted, porque seguro que lo acompañan, por solidarios o por el cansancio de los velorios.

-¡Qué vergüenza! ¿Usted sabe que Gómez hizo cerrar el velatorio a las doce? ¡Eso no se le hace a un padre! ¡Y mirá que don Alfonso se mataba por su familia!

Ya está en el empedrado. La arboleda, el paredón, todo se le antoja interminable. Traga saliva, la nuca tensa. El paisaje por supuesto no ayuda, el día tampoco; está comenzando a llover. El auto gira a la derecha. Alguien lee un *graffiti*: *Acá va a morir lo que siento por vos.*

El conductor apaga la radio, pregunta si bajan todos, estaciona y bajan los tres.

Le hacen notar que en el saco, a la altura del hombro, lo cagó un pájaro. Se acuerda, en ese preciso momento

-como diría Fontanarrosa- del pelotudo que dijo que cuando te caga un pájaro es señal de buena suerte.

El portón está abierto. PAX reza la inscripción de la entrada. A primera vista se da cuenta, cuando traspone el portón del cementerio, que en la puerta y alrededores hay más gente de la que debería. A saber: el portero, que sobreactúa su doble papel de señalero de portaaviones y profesional de la propina; el golosinero, siempre rodeado de dos o tres perros raquícos que le hacen fiestas; tres o cuatro albañiles al salto; floristas que hablan con los albañiles, después de prostituirse en un concurso de sonrisas artificiales ante cada auto; obreros que hacen tiempo, esperando que el capataz los arree para arriba; amigos del portero, del golosinero, de los albañiles; cobradores; prestamistas; el chupaplacas quizá, que podría ser cualquiera.

Llega el colectivo y bajan las damas con sus baldes multicolores y las escobas; ningún hombre. Baja una piba rubiecita con una calza ajustadísima y se lleva pegadas todas las miradas; rezan para que pregunte algo (una ubicación, un horario, algo) y poder acompañarla hasta la sepultura: -Si no hay trabajo, hay placer -dijo uno.

Entra un servicio fúnebre. Los choferes se desacartonan con un movimiento de cabeza o un imperceptible saludo. Siempre la misma fotografía: tres personas en el asiento de atrás, la del medio siempre es mujer, siempre llorando, siempre con un pañuelo en la mano, siempre la abrazan, siempre queda un rezagado que pregunta: -¿Ya entró el servicio de las doce?

Cuando salgan, el pizarrón recuperará su efecto hipnótico para los transeúntes que, atraídos como bicho

al foco, creen reconocer nombres y apellidos en la lista de Difuntos. Catorce muertos. Diez a tierra, cuatro a nicho:

-Salieron a cazar anoche. Julio los prepara; agosto se los lleva.

Cementerio, ciudad dormida, necrópolis, camposanto, huerto del Señor, inadjetivable lugar con capacidad para generar desde las adhesiones más solemnes hasta los rechazos más entendibles; en todo caso detenta ese opinable plus, para los que conocemos de qué se trata, de las preguntas a flor de piel: -¿Qué pasa ahí? ¿Pasa algo de noche?

O la lapidaria “¿es cierto que...?” que se completa con las ocurrencias más disparatadas que, por sí solas, justificarían un análisis psiquiátrico del asunto. Dicho sea de paso, ese análisis no le vendría nada mal a más de uno: ¡*touché!*

Como suele pasar en estos casos, las respuestas o su arañazo pasan muy cerca del día, porque la noche, mi amigo, la noche es puro cuento (salida trillada de *cassette*: -¡A los vivos hay que tenerles miedo!).

No cabe duda de que la antipatía hacia este lugar tiene raíces en dos posturas radicales, la vieja pregunta “¿por qué a mí?” y el velado deseo de que la desgracia le siga tocando a otro (cuernitos, cruce de dedos o santiguamiento ante el finadito que pasa en el cortejo por la calle). En definitiva se trata, como buenos argentinos, de patear la pelota lo más adelante que se pueda y que te echen los galgos. ¿Por qué creés que el deudo viene con

Marcelo Chaimé

la única premisa de pedir un lugar más cerca? “Un lugar más cerca” es cerca de la entrada, en la parte vieja. ¿Es por la distancia o para salir más rápido, con el pánico inconsciente a la baba de una Parca pegajosa o a la autocontemplación en la muerte? Me juego por lo segundo; me juego porque este lugar te obliga a pensar que tarde o temprano caerás por acá.